

Tráfico del patrimonio cultural

FRANCISCO CARRANZA ROMERO*

Hace poco viajé por la región china del desierto de Gobi para conocer mejor el famoso Camino de Seda por donde en siglos pasados transitaron los europeos, árabes, persas, turcos, chinos, mongoles, kasajos, etc. Eran los tiempos en que los camellos, caballos, burros, mulas y vacas servían como los mejores medios de transporte. Aún quedan las huellas y restos de las posadas. Allí moran muchas minorías étnicas que fuera del mandarín oficial usan sus propias lenguas.

Ahora hay una vía férrea y una autopista que cruzan de este a oeste el inmenso paisaje arenoso matizado con esporádicas áreas verdes. Bajo este desierto calcinante en verano y frígido en invierno hay una incalculable cantidad de petróleo y gas que se está iniciando a explotar gradualmente. Esa zona pronto se convertirá en área del desarrollo energético.

Miles de viajeros chinos del sur y del este visitan estos lugares; pocos extranjeros llegan motivados por los desentierros de los soldados de Terracota. Pero el turismo nacional chino es suficiente como para cubrir cualquier inversión. Basta que unos millones de los mil

trescientos cincuenta millones de chinos visiten para llenar los hoteles, restaurantes y los lugares turísticos. En este viaje lleno de toda clase de sorpresas tuve la oportunidad de visitar algunos templos y palacios erigidos en los oasis.

En el impresionante Templo de Mil Budas me llamó la atención un vacío rectangular en el mural. La guía nos explicó: “Los alemanes cortaron este pedazo y se lo llevaron a su museo, pero el trozo desapareció totalmente por el bombardeo durante la II Guerra Mundial”. Gracias a la foto que existe es posible su restauración. Muchas piezas valiosas también fueron robadas por otros extranjeros.

En los templos de Dunhuang también hay vacíos en los muros y en las urnas. Las placas de oro en los ojos y en otras partes de las imágenes muestran la vacuidad. Los secretos sagrados han sido profanados. Los códices empotrados en lugares secretos también fueron saqueados y llevados a otros países. Y en una sala se exhiben los nombres y retratos de los famosos bárbaros sustratores de los tesoros: alemanes, ingleses, franceses, portugueses, estadounidenses y japoneses. Es valiente la denuncia de quiénes y de qué nacionalidad fueron los ladrones profesionales que llegaron a los lugares histó-



Oscar Jiménez

ricos con el aire académico y con el pretexto de investigar. Sin embargo, falta nombrar a los cómplices nacionales que por un salario o por algún otro favor colaboraron con los ladrones. ¿Qué hará China para recuperar sus tesoros culturales robados?

Entonces recordé que algo similar sucedió y sucede en Perú y en otros países de América Latina. En los museos de Europa, Estados Unidos y Japón se exhiben muchos objetos de las culturas precolombinas. Y esos objetos son propiedad de esos museos. ¿A los intelectuales de allí no les importa el cómo hayan llegado esos objetos a sus países? ¿Lo que les importa es tenerlos a su alcance? Y lo peor, las reliquias del pasado y los valiosos archivos siguen saliendo. En este tráfico del patrimonio cultural no están ajenos los ciudadanos nacionales que les proveen y hasta les ayudan en las aduanas marítimas y aéreas. Sin duda, hay la complicidad de las autoridades para facilitar el tráfico. A un ciudadano común las autoridades de las aduanas les revisan sus maletas y hasta le esculcan su maletín de mano. Pero, como es de suponer, hay personajes que pasan sin ser esculcados. Muchos de estos traficantes de tesoros

nacionales son bien recordados y hasta gozan de fama y renombre en la Historia Oficial.

Una pregunta: ¿Cómo salieron del Perú las piezas arqueológicas de Machu Picchu? ¿En qué condiciones salieron? En esta era de tratados y globalizaciones, ¿no hay alguna forma de restituir las reliquias a sus lugares de origen?

Mientras los trámites de recuperación sigan su curso se deben poner los nombres y retratos de los saqueadores extranjeros y nacionales en las entradas de los lugares históricos para que quede como una muestra de que el país está consciente del saqueo y que tiene el valor de denunciarlos. Y si algún día volvieran las piezas, se debe hacer un museo in situ para que los visitantes vean y valoren mejor los lugares históricos.

El mantenimiento en el extranjero de los objetos que no pertenecen a esos países poderosos es una afrenta y una clara demostración del colonialismo y que la injusticia internacional es práctica de cada día. ■

* Profesor de Hankuk University of Foreign Studies, Seúl, Corea.